

SIGLO XXI DE ESPAÑA EDITORES S.A.

Jean Chesneaux

Una lectura política
de Julio Verne

266 págs. 180 pts.

Historia de Europa
Siglo XXI - J. R. Hale

La Europa del Renacimiento
1480-1520

416 págs. . pts.

Mary Douglas

Pureza y Peligro

un análisis de los conceptos
de contaminación y tabú

248 págs. pts.

E. E. Evans-Pritchard

Las teorías
de la religión primitiva

200 págs. pts.

P. Romero de Solís

La población española
en los siglos XVIII y XIX

288 págs. pts.

 Emilio Rubín, 7
Telf. 200 09 78
Madrid-33 España

ARTE • LETRAS • ESPE

dad: una poesía realmente nueva. Y Jaime Siles (Valencia, 1951) parece ser uno de los más conspicuos valores de este camino que ahora parece empezar a andar —¡al fin!— la poesía española (1). Y el proceso resultó bien sencillo... Bueno, con la sencillez aparental, que es la más densa y difícil de todas. Porque Jaime Siles arranca de la tradición cercana de la minilocuencia romántica, desde la brevedad intensificada que nos descubriera Bécquer, de la síntesis y la densidad. Su poesía es un proceso de condensación de la realidad al que se llega a través de una pulcra y precisa mirada sobre esa misma realidad, una mirada que puede recordarnos, en momentos, a Jorge Guillén, o a través de una perfecta asimilación y esencialización de lo observado, que, al propio tiempo, reciben una vivificadora influencia del limpio clasicismo mediterráneo.

La poesía de Jaime Siles es una poesía viva y latente, en la que a pesar de ese afán de adelgazamiento y perfección expresivos, se nota el cálido impulso de la acción inquieta y bullidora, de la acción que busca e investiga, bien a través de la contemplación intelectual, bien a través del gozoso contacto sensual con las cosas. Ese impulso vital, que trata de poseer la realidad, nace y se mantiene desde y en el cuerpo («ojos para guardar la oscuridad entera, / manos para romper la luz del día, / dientes para quebrar cuellos sonoros, / donde constelaciones ebrias se derraman»); en el cuerpo habita, y desde el cuerpo accede a la realidad para fundirse en ella y ser una nueva realidad: el

(1) Jaime Siles, Canon. Libros de Sinera. Col. Ocnos. Barcelona, 1973. 59 páginas. Premio Ocnos, 1973.

poema, que va a convertirse en una nueva criatura, producto de la cópula entre lo erótico y lo cerebral, presidido todo por un afán de equilibrio y orden, por un empeño en hacer una poesía que deje de ser denotativa y sea específica y fundamentalmente connotativa.

Y en ello tiene mucho que ver el hábil manejo del tiempo. Un tiempo que se asimila perfectamente a la tonalidad verbal y se instala en ese otro mundo esencializador y sin perifoneos, pero igualmente vivo y real:

Bajo un espacio cón-
[cavo, el presente se
[alarga,
y deshecho en clamor
[el movimiento gira.
Una retina inmóvil
[hiende la transpa-
[rencia,
la cantidad del agua
[que en el metal se
[ahonda.

Son versos definidores y determinadores de la intención de Jaime Siles, el cual, con este libro, breve, pero denso y aquilatado, nos entrega una poesía de frescor insospechado, y cuya lectura es mucho más compleja y rica que lo que estas líneas pueden abarcar. ■ JORGE RODRIGUEZ PADRON.

Antología del vanguardismo español

La impresión de que estamos viviendo hoy un fenómeno cultural que recuerda demasiado la cultura de los felices 20 parece haber orientado el criterio de Ramón Buckley y John Crispin en su deliciosa antología de la literatura vanguardista española entre 1925 y 1935 («Los vanguardistas españoles», Alianza Editorial, 476). Entre ambas

fechas quieren los antologistas recoger materiales literarios que permitan deducir al lector lo que fue la concepción del mundo de aquella vanguardia, es decir, el fondo ideológico sobre el que se explica la actitud, tantas veces juzgada, de la generación que cuaja en los años finales de la Dictadura y durante la República.

El trabajo de Buckley y Crispin, hábilmente articulado en un esquema temático que de suyo es significativo, busca la rehabilitación de un fenómeno que la historia cultural viene relegando, a su entender sin razón, a un plano superficial en el que se le reduce generalmente por su aspecto anecdótico e intrascendente. Según los autores, en cambio, el vanguardismo de estos años responde a una notoria unidad estilística y temática, tributaria de la experiencia ultraísta y de la boga orteguiana provocada por «La deshumanización del arte», y en la que distinguen con precisión dos etapas: una primitiva, deslizando sobre el curioso optimismo intelectual de los últimos años de la Dictadura y todavía muy firme en su ilusión «modernista»; y otra final más o menos claramente precipitada en la desilusión y en el desencanto.

No parece necesario subrayar que ambos momentos ideológicos cobran particular relieve como datos imprescindibles en una justa reinterpretación de nuestra historia contemporánea. La lectura de esta antología permite apreciar cómo se desenvuelve el talante negador de la generación que iba a ensayar la modernización definitiva del país sobre el eje de cierto utopismo de raigambre visiblemente burguesa, heredero de la experien-

cia europea posterior a la primera Gran Guerra, pero también de añejas ilusiones nacionales. A este respecto resulta interesante contemplar la onconada enemiga de esta juventud frente a los «viejos» del 98, símbolo sufrido de una iconoclastia juvenil que, curiosamente, derivaba de él en aspectos decisivos. La antología comentada muestra cómo ilusiones y pesimismo se suceden en la época con ritmo muy parecido a como se sucedieron en la primera década del siglo. Lo demuestra un análisis de los contenidos y lo demostraría mejor aún un estudio que acertara a poner de relieve en qué estupenda medida las contradicciones latentes en la crisis inaugural del siglo cristalizan de modo irreparable en el talante de los que con acierto se han llamado «nieños del 98».

Tiene, pues, la antología preparada por Buckley y Crispin el mérito de rescatar del olvido un repertorio mental que tal vez resulte imprescindible para entender la coyuntura de la República y, por esa razón, de todo un tercio de siglo de la vida nacional.

No se trata, sin embargo, de reducir la significación del fenómeno vanguardista a este sentido histórico-político. Desde una perspectiva literaria, esta aproximación puede servir de índice para reconsiderar el notable talento de un grupo de escritores prácticamente ignorados, pero que alcanzaron un nivel de expresión dignísimo. La vanguardia produce, de manera casi inevitable, una obra de combustión rápida, y su propio dinamismo renovador termina casi siempre consumiéndola a corto plazo. Pero un repaso como éste demuestra que hay en ella valores indepen-

dientes que conviene preservar del olvido insaciable de los manuales tanto como de una indiscriminada catalogación de conjunto. Véanse, como ejemplo, las páginas aquí recogidas de Bacarisse, Ramón Gómez de la Serna, Ernestina Champourcin, César Arconada, Max Aub, Buñuel, Benjamín Jarnés, Jardiel Poncela y tantos otros, cuya sola enumeración sugiere lo impropio que resulta regalarlos a un destino común.

Por lo demás, este trabajo bien pudiera servir de base inicial para abordar el tema socioliterario de la vanguardia tal como se ha hecho hace tiempo en Francia, EE. UU. o la Unión Soviética. El tema merece la pena tanto más cuanto en los tiempos que corren parece afirmarse la tendencia insólita de un vanguardismo instalado y continuo, como ironizaba algún sociólogo americano, lo cual no deja de ser, en alguna medida, conceptualmente absurdo. Pero merece la pena, también, porque demostraría, si se desentrañan bien las significaciones últimas de la actitud vanguardista, cómo esa tendencia, después de todo, tampoco es nueva. Lo cual nos remite otra vez a la historia política, evidenciando una interdependencia que se viene obviando tenazmente, con su cuenta y razón. ■ JOSE A. GOMEZ MARIN.

Por una filosofía sin bostezos

La filosofía es el asunto exclusivo de los filósofos, y su finalidad, sólo la propia repetición académica; gratuita y descreída, delinea el círculo vicioso de la cultura humanística o

representa el absurdo de aquello que se llamó Universidad, un señalar el «saber absoluto» aprendido de algún otro para que, más tarde, el enseñado lo enseñe a su vez... y se edifican los laberintos circulares de todas las escolásticas de todas las Escuelas.

Pero el Espíritu de los Tiempos, ese vago fantasma que se postula con arbitraria seriedad, impuso con los siglos la multiplicación de los «saberes absolutos», y se enfrentaron los sistemas dogmáticos hasta agotarse en inverosímiles controversias. La filosofía se acababa del cáncer de su misma propagación, como todo el mundo antiguo. Afortunadamente, y el escándalo y el grito de las jergas fósiles pareció prometer una futura liberación del pensamiento.

No pudo ser; en efecto, bastó que aplicara sobre sí misma su actividad más propia, la reflexión, para que se reprodujera como un agujero en el mismo muro de su agonía —y como un agujero también circular. ¡Astucias de la razón!, y la filosofía, que fue el intento absoluto de una conciencia de lo real, que se dijo un día pensamiento dogmático de la verdad, llegó en el último de los sistemas posibles hasta reducir lo real a la historia de su producirse—, sólo pudo sobrevivir gracias a una conciencia última, a la conciencia de producirse en el tiempo. La verdad se pensó en la narración de su devenir desde la conciencia de lo inmediato sensible a la conciencia de su historia, y el Espíritu del Universo, acaso Dios, se congeló en aquel Espíritu de los Tiempos, al fin cerrado en el Espíritu Final de estos tiempos; de esta hora de postimerías, reino de lo ya muerto.

Sistema de su producción: un juego o una dialéctica de los fantasmas, puesto que la verdad se piensa allí desde la conservación de lo pasado, de lo ya muerto; el último Sistema (la última Escuela) es ese mausoleo que pudre su cadáver múltiple, sepulcro de sí mismo en su propia expresión o en su memoria. ¡Sofisma admirable de la filosofía, que, por sobrevivir a su muerte plural, se expresará en la narración acabada de su plural morir!; estrategia de la razón en la Historia y su único instrumento: la dialéctica en su lectura vulgar.

Ya muerta, la filosofía se mantiene en los reinos profesoriales de la enseñanza gracias a la ambigüedad idealista por la que se enseña como una Historia de la Filosofía que es una Filosofía de la Historia. Y el dogmatismo se miente asimilación en el fúnebre carnaval de las lecturas históricas, científicas o epistemológicas.

Fernando Savater, filósofo, practica las gimnasias de su oficio: la toma de conciencia —como una sorpresa de lucidez inesperada—; consciente lo es de esta sobrevida de los sistemas en el Sistema, pero posee, sobre todo, una difícil lucidez que le prohíbe alguna solución positiva, pues lo que se rozó arriba, el Sistema, se dice narración histórica de su astucia allí, hasta el punto de que aquella crítica le es asimilable, y se enseñaría también en las tristes aulas de cualquier triste Academia: es ejemplar el destino de los Seminarios que, de 1933 a 1939, dirigió Alexandre Kojève en L'École des Hautes-Études sobre la Fenomenología del Espíritu (1).

(1) Publicados en Editions Gallimard, nrf., Bi-

Acaso por tal razón este su último libro (2) se somete a un espaciado de los temas (aunque el asunto sea siempre el mismo), a la diferencia de los tonos, a los irónicos juegos de la retórica e, incluso, a los azares de la opinión repetida o contradictoria, Scila y Caribdis de los nautas de la Razón socrática. Pues Fernando Savater sólo es buen filósofo porque hábil sofista y diestro bailarín sobre la cuerda floja de la palabra, humorista, escéptico y nada militante de cualquier militancia, así sea la del escepticismo. Con Fernando Savater, sofista, con su activa nostalgia de los presocráticos (que me parece su única ligazón con Nietzsche, que heredó más bien de la física heraclítica), la filosofía sólo se dice así irónicamente: con la ironía que se insinúa sobre un título académico sin sentido o que estalla en el nihilismo vago de un profesor al que se privó de alumnos.

La Apología nos regala con estas gracias: con su alegre y vistosa ironía, con su gusto por una retórica siempre brillante o con la desordenada dispersión de sus temas, tan agradable para el lector; tales dones nos ofrece, a primera vista, este filósofo solitario —que parece empeñado en demostrarnos cómo, en un lugar no catedrático, el pensamiento sí puede ser divertido: no es extraño, puesto que sólo lo fragmentario o lo diverso pueden llegar a divertir, y si pensar

bllotheque des Idées, con el título Introduction à la lecture de Hegel, Leçons sur la phénoménologie de l'esprit, résumés et publiés par Raymond Queneau.

(2) «Apología del sofista». Ed. Taurus. Del mismo autor y en la misma editorial, «Nihilismo y acción» y «La filosofía tachada»; en colaboración, «En favor de Nietzsche».

fuera un martirio, ¿cómo no dejaríamos la empresa en manos de ascetas?, ¿pero quién deberá, hoy, escuchar la queja del asceta? Fernando Savater sospecha otras razones (¡Oh!, por supuesto que inconfesables) tras la supervivencia académica de una jerga tan imposible como vacía—.

Pero quizá debo subrayar en la Apología su curiosa ambigüedad frente al lenguaje; si su gusto por la voltereta subversiva de saltimbanqui hace de su estilo una novedad legible, también su lúcida sospecha en relación a sus leyes, Ley acaso todopoderosa, lo tinte con la seriedad del escéptico, con los fondos de nuestro pequeño error. Esa es la calidad de su estilo, ¿y cómo no me alegraría que sus buenas intenciones, que confiesa osadamente, se cumplan a lo largo de las páginas, como pocas veces? Porque si Fernando Savater quiso mostrarnos (y lo quiso) que la buena filosofía es siempre buena literatura, no sé quién podrá negarle los éxitos.

Hay como un rateo en el motor de Fernando Savater, la nostalgia, que le arrastra más hacia la terapia declamatoria del sofista que por la senda apasionada del cántico del físico griego. Porque aquí se trata de una fuerte nostalgia, de inventar aquí una patria real con el impulso de otra que nunca existió, salvo como un deseo o como una invención del pasado. ¿Quién diría, entonces, la importancia de la nostalgia?

Pocas escrituras hay, sin embargo, tan curativas como esta, que puede hacernos olvidar siempre hasta su carácter de recopilación. Porque Fernando Savater nos demuestra que, si hablar de filosofía nos adormece, hay una extensión de temas y un

placer en oírlos cuando sólo se habla filosofía: cuando se habla no ya de algo, sino con alguien. Nos da esperanzas este raro escéptico que no las tiene. ■ PABLO FERNANDEZ-FLOREZ.

BALLET

Festival de Madrid: una renovación paulatina

El dato más relevante del II Festival Internacional de Ballet, celebrado en Madrid durante los dos últimos meses, ha sido la incorporación, por parte de diversas compañías, de unas formas de ballet que se alejan bastante del tradicionalismo establecido. Dentro de la heterogeneidad de los diez grupos que han actuado (con amplia representación de los de tipo folklórico: Amalia Hernández, de Méjico; Mazowsze, de Polonia; Perú Negro, Antonio Gades), podía percibirse en varios de ellos como característica común un notable esfuerzo por alejarse de las fórmulas habituales. Fórmulas que quedan resumidas en los términos «ballet blanco» o «ballet de puntas», de completo auge en el siglo pasado, cuando los compositores románticos prestaron a esta forma expresiva una muy especial atención. «El lago de los cisnes» —que ahora se puede ver en la pantalla con una tan ortodoxa como perfecta versión soviética— sería el ejemplo típico y típico de esta manera